

literaria, historia de España, elementos de arqueología, y diversas lenguas tales como latín de la Edad Media, gallego, castellano de la época romancesca, etc. Entre todo ello encontramos también asignaturas propias y exclusivas de los bibliotecarios como clasificación y arreglo de archivos y bibliotecas, reglamentos de bibliotecas, métodos, y, más tarde, bibliografía, incluida en la clasificación.

A la Escuela de Diplomática siguieron las cátedras de bibliología, más tarde de bibliografía), en Madrid y Barcelona, dentro de la Facultad de Filosofía y Letras, con maestros como Pedro Sáinz Rodríguez, Simón Díaz, Rubió Lluch o Bohigas Balaguer. Y, al margen de otros intentos oficiales, hay que hacer mención a otros centros de formación. Especialmente al primero de ellos, la Escuela de Bibliotecarias de Barcelona, idea de Eugenio d'Ors, en funcionamiento desde 1915 hasta 1976, y dependiente de la Diputación, con programas que se fueron aproximando a los de las actuales escuelas, y germen de la actual Escuela de Barcelona. En Madrid, desde 1928, funcionaba la Escuela de Bibliotecarias del Instituto Internacional o de la Residencia de Señoritas, formalizada por la señorita Poley, que se había formado en Estados Unidos, y donde dieron clases, entre otros, Homero Serís y Elena Fortún. Además de la Escuela de Bibliotecarias de la Universidad de Navarra, creada por Alvaro d'Ors en 1967, hay otro centro que tiene una enorme importancia en la formación de muchos de los actuales profesionales, la Escuela de Documentalistas, en la Biblioteca Nacional, vinculada a la Dirección General de Bibliotecas, luego Centro de Estudios Bibliográficos y Documentarios, con formación a nivel de postgrado. Por último hay que recordar la Escuela de Documentación de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense, que tendría mucho que ver en la actual Escuela de Biblioteconomía de dicha Universidad.

El panorama no está completo, pero sí dice de los muchos intentos para establecer una enseñanza para nuestros profesionales, y dice también de la necesidad existente a lo largo de todo el siglo XX para la formalización de estas enseñanzas, que hoy están integradas en la universidad española con todos los niveles académicos. En el año 1978 aparece la diplomatura en biblioteconomía, por medio del Real Decreto en el que se faculta a las universidades para crear sus escuelas o facultades e impartir las enseñanzas. Se cierra entonces una época, marcada por reuniones, escritos, y entrevistas en que los profesionales dejaban constancia de sus demandas, y empieza otro tiempo de consolidación de esta integración de la biblioteconomía en la universidad.

En todo este proceso se pueden establecer distintas etapas según autores; como ejemplo, López Yepes propone una etapa de antecedentes hasta 1978,

otra etapa de la diplomatura, y una última de la licenciatura, iniciada en 1992 con la aprobación del Real Decreto por el que se crea el título de licenciado<sup>5</sup>; y Garrido propone los siguientes períodos: implantación de la diplomatura, extensión de los estudios, asentamiento del título universitario oficial y establecimiento de la licenciatura<sup>6</sup>.

En cualquier caso, y al margen de estas y otras divisiones que se puedan hacer, la realidad es que actualmente se imparte la diplomatura en biblioteconomía en 10 universidades españolas<sup>7</sup>, y la licenciatura en documentación en tres de ellas; los planes de estudios se ajustan a las directrices ministeriales con la autonomía propia de cada una de las universidades, y el tercer ciclo está también presente en forma de *masters* y programas de doctorado impartidos en varias universidades.

Por otra parte, no hay que olvidar la existencia en España de otros escalones de la educación formal, establecidos mediante la LOGSE en 1986, en forma de módulos profesionales que posibilitan la formación de técnicos especialistas en archivos y bibliotecas, con lo que quedaría completa la escala de niveles de profundidad en la enseñanza de la biblioteconomía.

#### 4. Algunos aspectos de interés

Una vez expuesta la situación en España, retomemos el final del punto anterior; pensemos de nuevo en el colectivo que se ocupa de poner la información a disposición de otros, (españoles incluidos, a quienes contemplamos ya superados sus desfases), todos ellos con posibilidad de enseñanza formalizada, a cien años vista de los primeros bibliotecarios profesores, y situados en el epicentro de una sociedad de cambio. Dado por supuesto lo imprescindible de la formación en biblioteconomía, y también el hecho de que la formación que se está impartiendo influye positivamente en el desempeño de la profesión y, por tanto, en los objetivos de los profesionales de la información, la pregunta a formular, a formularnos, podría ser *a quién se forma para que haga qué*, pregunta que parece ser el verdadero punto en que basar cualquier reflexión sobre este asunto, para poder plantearnos si la formación que se imparte es la adecuada.

<sup>5</sup> López Yepes, José: Sobre formación profesional y problemática laboral de los bibliotecarios y documentalistas. IX Jornadas Bibliotecarias de Andalucía, Granada, 1996.

<sup>6</sup> Al respecto véase: Garrido Arilla, María Rosa. «Licenciados en Documentación: plan de estudios y mercado laboral», Revista General de Información y Documentación 3(2), 1993.

<sup>7</sup> Son Barcelona (1982), Granada (1982), Salamanca (1982), Murcia (1988), Zaragoza (1989), Madrid (Complutense y Carlos III, 1990), León (1990), Alcalá de Henares (1992) y Extremadura (1995).

No se pretende en este trabajo encontrar soluciones mágicas ni siquiera puntos de vista originales ante algo sobre lo que escriben intelectuales y profesionales de prestigio. Pero existen algunos aspectos sobre los que se podría reflexionar, que tienen que ver con las bibliotecas y los centros, con la formación y la información, y que se exponen a continuación.

#### 4.1. *La situación actual de la profesión*

La cuestión central de todo esto, como ya se ha dicho, apunta a lo que es hoy esta profesión. Qué debe hacer el diplomado, el licenciado en biblioteconomía o documentación. En la época de Trithem, un bibliotecario adquiría los libros, los reunía en algún lugar, los ordenaba y organizaba, daba cuenta de ellos de alguna forma, posibilitaba su eventual consulta y los guardaba para el futuro. Con el tiempo todos los mecanismos para desarrollar estas funciones fueron cambiando y mejorando, y, con el tiempo también, se originaron algunos desplazamientos, distintos en las diferentes zonas del mundo, en la importancia que se daba a cada uno de estos procesos, de forma que en este siglo la tendencia a facilitar la difusión y la consulta adquirió una importancia significativa sobre el papel de la conservación, que había imperado durante muchos siglos.

«La vida es corta. Escríbela.» Es un reclamo de la firma Inoxcrom que estos días podemos encontrar como publicidad en muchos de los diarios, y bien vale aquí. Se escribía, se imprimía, y había muchos libros, de muchas clases, para ordenar y guardar. Así es que si se piensa en la evolución a lo largo del tiempo, aunque a partir de un momento determinado, y relativamente reciente, hace su aparición el usuario como elemento de interés en torno al bibliotecario, el objeto real sobre el que se trabajaba eran siempre los libros.

Las décadas de los setenta y los ochenta han empezado a desplazar todos los modelos mucho más allá de la presencia de ese usuario (que en algunos países llevaba ya cien años de existencia<sup>8</sup>). No es de objeto aquí analizar en profundidad el cambio de la sociedad, estudiado por un sinnúmero de autores, ni tampoco en lo que ha supuesto para la biblioteconomía. Es conocida y aceptada la relación entre adquisición y manejo de información, por una parte, y desarrollo de los pueblos y las instituciones por otra, desarro-

<sup>8</sup> De hecho, hay que recordar que la creación de las primeras Escuelas de Biblioteconomía en Estados Unidos se produce en el contexto de servicio público que dio lugar a la revolución de las bibliotecas de finales del XIX y al establecimiento de la biblioteconomía como tal.

llo que se ha convertido, al menos en teoría, en cosa de todos. Es conocida también la irrupción de la competitividad en la sociedad del bienestar, de forma que el nuevo orden mundial de la información propuesto en el que apoyar el desarrollo se ve alterado por esa competitividad. Y en todo esto, claro, tiene mucho que ver la información. Y las bibliotecas, y los libros; pero se habla de información, no de libros; es la información la que se maneja, se trata y se ordena.

Es un cambio profundo, que todos conocemos, y al que todos tratamos de adaptarnos, entre otras cosas porque la tecnología ha tenido mucho que ver en ello, y el camino de la tecnología no tiene retorno. Es difícil pensar en volver al epistolario tradicional cuando el correo electrónico nos permite comunicarnos con auténtica inmediatez, y así con tantas otras cosas. En uno de los periódicos de mayor tirada nacional, el escritor Félix de Azúa comentaba recientemente que su generación era la última generación que leía, y, al margen del alcance de esta afirmación, sí pareciera que la cultura impresa se tambalea, sin que se quiera decir que esto sea bueno o malo, únicamente una realidad. Alvin Kernan, en un artículo comentado por López Yepes<sup>9</sup>, explica el abandono progresivo de la práctica de la lectura en las sociedades que se mueven en un marco tecnológico, explicación que es posible asumir en muchos puntos.

Por otra parte, el cúmulo de material informativo es inmenso. De hecho, ya en 1613 Barnal y Rich se quejaron de esta abundancia: «Una de las desgracias de esta época es la multiplicidad de libros; sobrecogen el mundo de tal manera que no es posible digerir la abundante cantidad de materia inútil que cada día se produce y se publica.» Huelga hablar de la multiplicación de los recursos informativos desde entonces hasta ahora. Y también este material es variopinto, y tampoco es necesario hablar de ello. Pero entonces, con más razón, es deseable su selección y es imprescindible su organización, es decir la organización del conocimiento que atribuimos como función a la biblioteconomía.

Esta es la situación. Y, en relación con nuestro marco profesional, las implicaciones son extraordinariamente importantes para organizar esa resolución de las necesidades de información de los usuarios, que es la función generalmente asumida para la que se tiene que formar. La revisión de las formulaciones propuestas por teóricos como Shera o Nitecki acerca del objeto de la biblioteconomía como una relación entre libros, conocimiento y usuarios nos conduce a pensar que los libros han cambiado, la información no es la misma, las herramientas para crear conocimiento son diferen-

<sup>9</sup> Kernan, Alvin. «¿El adiós a la lectura?», Facetas, 1994 (2), pp. 68-72. Y López Yepes, José. op.cit.